

notas bibliográficas

MARIO VISICONTE. — Chivilcoy en su origen. — Buenos Aires 1966. — 112 pp.

La enoocida historieta del graco, que vistió con las plumas ajenas, se repite con frecuencia, y lo que es a Sarmiento, día a día, le están quitando tantas y tan bellas plumas con las que él mismo y sus interesados admiradores le habían exornado. Según todos los historiadores Sarmiento fundó la ciudad de Chivilcoy en 1854, y con toda razón, según otros, debe llamarse "El Pueblo de Sarmiento". Gracias a un fiat del genial sanjuanino, Chivilcoy y es lo que es.

Pero el autor de este librito, que no ha copiado a sus predecesores, sino que ha hurgado en los archivos, ha hallado que Chivilcoy es fundación de don Juan Manuel Rosas, en 28 de diciembre de 1845, y además de darnos el texto del decreto pertinente, nos ofrece una reproducción fotográfica del mismo. A la vista de este documento resulta que "El Pueblo de Sarmiento" es "el Pueblo de Rosas".

Bien documentado está este punto, pero nos parece flojo e inconsistente lo que aduce el autor sobre los antecedentes de ese pueblo y si la misiva de Pinazo, del 9 de diciembre de 1778, está "firmada en Chivilcoy", esta ciudad, pueblo o villorio existía ya en ese año, y en ese caso, ni Sarmiento, ni Rosas, sería su fundador. Curiosamente el autor cita la *Enciclopedia Espasa* y el *Diccionario de Marrazzo*, que son obras de recopilación y de escaso crédito, y aunque cita también a Birabent, Lázaro y Villarino, desconoce una obra tan orientadora como la de Amílcar Razori, cuya historia de las ciudades argentinas es de la mayor importancia.

Aunque es algo ajeno al tema, no lamentamos que el señor Visiconte haya negado una vez más el que Rosas clausurara la Universidad, y celebremos que haya puesto de relieve que Rosas jamás "coartó el desarrollo educativo", como se expresó el Dr. Ordóñez, en *La Prensa* del 8 de agosto de 1962, ya que es artículo del credo de ciertas gentes que todo lo educativo se debió a Sarmiento, y todo lo contrario a la educación se debió a Ro-

sas. Esta doctrina, que ni entre Zulúes tendría andamio, es hasta dogma en la historiografía liberal argentina.

No vamos a seguir al autor, en su relato de los sucesos posteriores a 1845, que en gran parte se presentan por primera vez, respaldados por documentos hallados por el autor en el Archivo General de la Nación; pero creemos que ha sido infortunado al buscar la etimología de Crivilcoy en los léxicos araucanos o pampas, ya que, de seguro, hay que rastrearla en los guaraníes. Dos veces en la p. 84 expone lo que en lengua pampa significa, o podría significar, Chi-Vill-Co, y en ambos casos deja de lado la Y o i, siendo así que esta letra, al final de palabra, indica a las claras que es voz guaraní: Chivilcoí, y si co, en pampa significa "agua", i en guaraní también significa agua, como i-guazú, aguas grandes, i-pané, aguas mansas. Aunque es terreno tan peligroso éste de la etimología, creemos que el autor ha rumbeado mal en la búsqueda del significado de esta voz.

Pero son muchos los aciertos del autor, y su librito es una valiosísima contribución al esclarecimiento de los orígenes de Chivilcoy. Las fallas imperdonables en esta obra son las comunes a los escritores argentinos, desde que en nuestras escuelas, en nuestros colegios se enseñan tantas cosas hermosas aunque inútiles, y no se enseña a escribir con corrección y limpieza. Hay frases como éstas: "Entre una de las primeras providencias" (p. 20), en vez de "Entre las primeras providencias una fue..." "Pero la guerra era interna y externa. Desde que Francia estableciera el bloqueo en 1838, uniéndose luego a Inglaterra y, entre ambas, forzaron varias acciones bélicas..." En buen castellano debía haber coma y no punto después de la palabra externa, ya que cuanto sigue es una oración supletoria de la principal, que le precede. Por desgracia estas fallas son comunes en los escritos de los argentinos de hoy, pero jamás serán aprobadas por quienes respetan el legítimo idioma castellano.

Guillermo Furlong, S. J.

MARIANO DE ECHAZU LEZICA. — *Biografía del Dr. Teodoro Sánchez de Bustamante*. — (Diputado por Jujuy al Congreso de Tucumán). — Imprenta del Estado. — Provincia de Jujuy. — Buenos Aires 1966. — 184 pp.

Conocedores de cuán difícil es trabajar en las ciudades del interior del país, a causa de la pobreza de las bibliotecas que hay fuera de las grandes ciudades como Buenos Aires, Córdoba, La Plata, y alguna que otra más, nos sentimos apriorísticamente inclinados a loar toda publicación, aparecida fuera de esas pocas ciudades, y mucho más si nos viene de Catamarca, La Rioja, Santiago del Estero o Jujuy. Años atrás afirmó Miguel Sclacca, después de darse cuenta lo que era y cómo era, nuestra Biblioteca Nacional, que por ahora era imposible trabajar científicamente en Buenos Aires.

Pero esta monografía de Echazú Lezica supera, y con mucho, cuanto le han podido favorecer las bibliotecas y los archivos de Buenos Aires, cuanto más las y los de Jujuy, pues su autor ha podido disponer de muchos papeles enteramente inéditos, y que se hallan en poder de descendientes de aquel Congreso en Tucumán, natural de Jujuy y representante de Jujuy en el más trascendental de nuestros Congresos.

Aunque en la introducción misma nos dice el autor que el tema le apasionó, y cuanto más avanzaba en el conocimiento de su héroe, más entusiasmo sentía hacia él, es notable la objetividad, serenidad y desapasionamiento con que, en la forma más sencilla y llana, sin adjetivaciones, sin ponderaciones, sin afanes algunos sensacionalistas, lleva al lector a una conclusión firme y luminosa, que podría expresarse así: el doctor Teodoro Sánchez de Bustamante fue antes, en y después del Congreso de Tucumán, un magistrado como tal vez no le hubo igual, entre 1810 y 1850: inteligente, prudente, decente, trascendente.

Aun más: Echazú Lezica no sólo nos da una imagen cabal del magistrado, sino que, gracias a ciertos hechos que refiere, con buena base documental, hace que Sánchez de Bustamante nos resulte un hombre simpático, hasta despertar en los espíritus de quienes lean esta monografía, un profundo afecto, cariño o amor hacia él. La orden, reiterada y amenazante, con que el Gobierno de Buenos Aires, le eligió para Secretario de Estado, y la forma, valiente y fundada, con que anuló una sentencia, dada por quienes podían haber sido presionados por el General San Martín, y la valentía con que expuso

a éste el porqué de su proceder. Son sólo algunos de los hechos que constituyen el pedestal sobre el que se yergue la figura prócer de este ilustre jujefe. En el seno del Congreso, su actitud fue siempre sabia, reposada y prudente, y es tanto así, que no es fácil adivinar si estaba, o no, con los monarquistas o con los republicanos, y aunque para algunos, desconocedores del pasado, sea ésto una falla, para los que conocen todas las aristas de ese problema, fue una grande virtud.

En seis capítulos de densa lectura: 1) Origen y educación; 2) Alborada en Chiquisaca; 3) Bajo el signo de la Revolución de Mayo; 4) En el Congreso de Tucumán; 5) El frustrado Congreso de Córdoba; 6) Nueva Alborada, exilio y muerte, historia el autor, en la forma ya anotada, con hilación lógica y con un decir claro y cristalino, como el agua de un arroyo o acequia cordobesa, la acción múltiple de ese preclarísimo varón. No exageramos al valernos de este superlativo, ya que, después de leer todo el denso volumen de Echazú Lezica, hemos comprobado que este argentino, aunque en otro género de vida y en otras actividades, se halla en un plano, igual al de San Martín y Belgrano, o muy poco inferior, y tal vez no sería atrevimiento el decir que algo superior.

Si fuéramos a consignar algunas leves fallas, que hemos advertido en esta sorprendente monografía, tal vez la más extensa y la mejor trabajada que se ha escrito, en este año sesquicentenario, sobre la personal actuación de algunos de los Congresales tucumanos, anotaríamos la poca importancia que otorga a un hecho tan raro y trascendental, como es el código de Física General, según las lecciones de Mariano Medrano, pero escritas por Teodoro Sánchez de Bustamante en 1794, y que coinciden con las lecciones del mismo maestro, según las consignó en 1793 otro de sus alumnos, Bonifacio Zapiola, y de las que dimos noticia en nuestro libro *Nacimiento y Desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata*, Buenos Aires 1951, 361-364, 497-499. Si esta observación no es un error, sino una laguna, otro tanto es otra observación: desconoció el autor el estudio que sobre Sánchez de Bustamante escribió y publicó Eduardo Fernández Olguín, en la revista *De Nuestra Historia*, Buenos Aires 1916, pp. 5-8. Feliz en verdad el autor que, en un extenso e intenso estudio monográfico, como este al que nos referimos, sólo ha cometido tan minúsculos errores u omisiones.

Guillermo Furlong, S. J.